

SÓLO UNA VIDA

por

William MacDonald

Título en inglés: **Only One Time Around**

Copyright © 1982, William MacDonald

Todos los derechos reservados

Traducido por Neria Díez Sánchez

con Carlos Tomás Knott,

con permiso del autor

Editorial Discípulo

Apartado 202

22080 Huesca, España

Copyright © 1998, **William MacDonald**

Todos los derechos reservados

Impreso en Romanyà/Valls, S.A.

Verdaguer, 1-08786 Capellades (Barcelona)

ISBN:

Depósito Legal:

NOTA: Las citas bíblicas son de la versión Reina Valera, Revisión 1960, excepto cuando anotado. (BAS = Biblia Versión Las Américas)

Sólo Una Vez

Pat acababa de llegar a Nueva York, y estaba explorando la gran ciudad cuando un gamberro armado se le plantó delante y demandó: “¡La bolsa o la vida!”

Pat replicó: “Toma mi vida. Quiero mi dinero para cuando sea viejo”.

Pat hizo frente a la cuestión de la vida y se la encontró cara a cara, aun cuando su respuesta fue lo suficientemente absurda como para desarmar a un bandido.

Todos nos enfrentamos con la cuestión de la vida y debemos decidir lo que vamos a hacer con ella.

Pensemos en la vida — ¡**tu** vida —**tu** carrera —**tu** presente y **tu** futuro! Quizá pienses que no tiene importancia el concentrarse en una persona tan insignificante y anónima como tú. O puede que te sientas incómodo al ser el centro de la conversación. Pero no dejes que esto te despiste. La realidad es que hay grandes cuestiones ciertas en la vida, con las cuales tienes que enfrentarte, y la manera en la que respondas a éstas determina lo que vas a ser, en el tiempo presente y en la eternidad.

Tu vida es importante. Eres una creación única. De la misma manera que no hay dos briznas de hierba iguales, ni dos copos de nieve iguales, ni dos granos de arena iguales, así tampoco hay dos personas iguales. Aun los gemelos idénticos son diferentes. Tu molde sólo se usa una vez, y entonces es desechado. Nunca habrá otro **tú**. Todo esto significa que tienes un papel en la vida que nadie más puede desempeñar, un lugar que nadie más puede llenar.

A esto añádele el hecho de que sólo tienes una vida. Por este camino sólo pasas una vez. Alguien dijo: “La vida es como una moneda. La puedes gastar como quieras, pero sólo la puedes gastar una vez”.

La pregunta que cada uno de nosotros debe afrontar es: “¿Qué voy a hacer con mi vida? ¿Cómo puedo hacer que realmente cuente?” No queremos ser como el hombre que dijo: “Tengo setenta años, y no he conseguido nada con mi vida”. No queremos estar tan ocupados ganándonos la vida como para descuidar el ganar la vida. Cuando llegamos a la puesta del sol, queremos poder mirar atrás con cierta medida de satisfacción por haber llevado algo a cabo. Y poder mirar con confianza y anticipación la vida que hay más allá.

Pensemos, entonces, en algunas de las grandes cuestiones de la vida y en cómo deberíamos reaccionar ante ellas.

¿Soy un Accidente Cósmico?

Uno de los primeros temas que debemos afrontar es el propósito de la vida. Nos encontramos aquí, en el planeta tierra y nos preguntamos: “¿Por qué nací? ¿Cuál es el propósito de todo esto?”

En primer lugar, mucho dependerá de cómo pensamos que hemos llegado hasta aquí. Si somos producto del azar, de una casualidad ciega e impersonal, entonces no es algo que realmente importe. No somos distintos a la ameba que flota en un estanque fangoso o a la vaca que se pasa el día masticando hierba en los pastos. Nuestro fin es la tumba.

En cambio, si somos creación de Dios, entonces tenemos un destino más alto, y un propósito más noble. La mejor definición que he encontrado de éste fin y propósito, es ésta: “El fin principal del hombre es glorificar a Dios y disfrutarle por siempre”.

Hay otras dos citas acerca de este tema que son dignas de consideración. F.W. Boreham dijo: “El deber de cada ser humano es proveerse de un trabajo honesto que llevar a cabo cuando esté yaciendo en su tumba”. Y Williams James escribió: “La gran utilidad de una vida es usarla para algo que sobreviva a ésta”.

Sería trágico pasar por la vida sin considerar ni una sola vez su verdadero propósito y lo que estamos haciendo para cumplir tal propósito.

El Potencial de la Vida Para Bien o...

Una segunda consideración que debemos sopesar es el tremendo potencial de la vida —para bien, para mal, o para malgasto absoluto.

Piensa, por ejemplo, en el hombre llamado Moisés, y en cómo él condujo a su pueblo de la esclavitud de Egipto a la buena vida de Canaán. Piensa en el apóstol Pablo, llevando el Evangelio por Asia Menor y a través de Europa, afectando así a los acontecimientos mundiales en los siglos que vendrían. O piensa en Abraham Lincoln, un sencillo leñador de pueblo que se levantó en un momento de crisis para romper las cadenas de millones.

Pero entonces piensa en Nerón, el insensible Emperador Romano que hizo sumergir en brea a los cristianos, encendiéndoles después para iluminar los jardines en sus celebraciones. Luego Stalin y su régimen de brutalidad en el que millones fueron muertos y más millones torturados en el Archipiélago Gulag. También Hitler, responsable de la muerte de 20 millones de personas durante la II Guerra Mundial.

Hay otras vidas que no sobresalen ni por bueno ni por malo. Simplemente son un malgasto. En esta clase están incluidos los borrachos callejeros, cuya carrera consiste en un largo tránsito de bares y refugios para transeúntes. Incluye a la prostituta en el barrio de mala reputación, vendiendo su cuerpo a hombres lascivos. Incluye el amplio número de vidas que no logran alzarse más allá de la pesada rutina del trabajo, comida, bebida y TV.

Cada bebé que viene al mundo encarna vastas posibilidades. A la larga cada uno tendrá que decidir si va a ser una bendición, una maldición o un inútil.

Tus Días Están Contados

Antes de llevar mucho tiempo viviendo, nos encontramos cara a cara con la realidad de que la vida es muy corta. Es como la hierba —sembrada, crecida, cortada, llevada por el viento. Es como el viento y la niebla —desvaneciéndose y breve. Es como la lanzadera de un tejedor —Abalanzándose por el telar como si le hubiesen dado un tiro con una pistola. Es como un palmo —el corto recorrido por la palma de la mano. Will Houghton tenía razón cuando dijo que la cuna y el ataúd se sacan del mismo árbol.

Ahora vemos a una niña recién nacida con su sonrisa linda y graciosa, y la piel tan suave y delicada. Observando serenamente a sus admiradores, es una encantadora en faldón rosa. Ponle unos años, y mírala en sus puntillas, volantes y lazos. Ya está dando de comer a su muñeca, o saltando a la comba en la calle. Antes de que te des cuenta, es una adolescente vivaracha, tremendamente consciente de la ropa y los cosméticos, aventurándose en su primera cita. Entonces encuentra la realización en el matrimonio y criando hijos, establecida y serena. Finalmente se jubila, siendo ya madura, plácida, llena de la sabiduría que ha adquirido por su experiencia.

O pongamos un bebé, un bultito que se retuerce envuelto en azul. Poco después es un niño pequeño, equipado con un curso incorporado de psicología. Sabe como llegar hasta el límite de la paciencia de sus padres, y entonces retroceder con cautela. Con los bolsillos llenos de lombrices, ranas, tornillos y piedras, se tambalea en su primera bicicleta. Durante el día parece un demonio, pero una vez dormido en la cama, es un ángel sin lugar a dudas. En su adolescencia se desespera por conseguir la aprobación de sus superiores y es más consciente de su ropa y apariencia. Es a la vez atrevido y tímido, confiado e incierto, romántico y determinado soltero. Ya siendo hombre, es un trabajador compulsivo, llevando el peso de la familia y las responsabilidades del negocio. Intenta apretar 30 horas en las 24 que tiene el día y estirar las pesetas para suplir un presupuesto inflacionario. Cuando al fin consigue tenerlo todo arreglado, ya es abuelo. Y ahora ya es un viejo cuyo cuerpo no puede ir al paso que todavía va su espíritu. Mirando a los jóvenes, dice: “¡yo también fui así!”

No es de extrañar que un crítico de 84 años se describiese a sí mismo como estando en la esquina de una calle, con el sombrero en la mano, mendigando a los transeúntes para que dejasen caer dentro del

sombrero sus minutos ociosos.

Si la brevedad de la vida nos enseña algo, esto es que si tenemos planes de hacer algo, más vale que nos demos prisa. ¡El tiempo no espera!

Ahora — Un Ensayo Para la Eternidad

Cada uno debe pensar en la eternidad ahora, porque dentro de no mucho, el tiempo acabará y entrará en la eternidad.

El pensamiento de la eternidad es uno de los más grandes que pueden ocupar la mente humana. No hay mente humana con la suficiente capacidad de comprenderlo plenamente.

¿Qué es eternidad? Es la vida de Dios. Es un océano sin orillas. Es la duración sin fin de la vida más allá. Es por siempre jamás.

Si cada granito de arena de todas las playas del mundo representase un año, la suma de esos años no igualaría la eternidad. Su duración es incalculable y sin límite.

Todos debemos afrontar el hecho de que vamos a vivir eternamente en alguna parte. Es un pensamiento asombroso. Nuestras mentes, haciendo vanos esfuerzos, intentan estirarse para asimilarlo. Tenemos un alma inmortal.

Esto, por supuesto, significa que la historia no se acaba en esta vida presente. Ésta no es más que un capítulo de un drama que continuará. Vivir como si esta vida fuese todo, es trocar lo finito por lo infinito. Es olvidar que tenemos tareas en el destino.

“¿Creemos que el tiempo venidero es un tiempo mayor que este, y que el “más allá” es mucho más grande que el presente? ¿Que hay siglos y siglos por delante nuestro, y que, sean cuan largos sean, toda nuestra vida aquí en la tierra es tan sólo un fragmento de lo que todavía ha de ser? ¿Creemos también que nuestro servicio en los siglos que vendrán es muchísimo más importante que lo que podamos hacer en este siglo?” (T. Austin-Sparks).

Alguien te Está Mirando

Hemos dicho que la eternidad es uno de los pensamientos más grandes que pueden ocupar la mente humana. Bien, pero el más sublime de todos los pensamientos es el pensamiento de Dios. Más tarde o más temprano todos estamos obligados a pensar acerca de Dios. Cada uno debe decidir si cree que existe y, si es así, cómo es Él.

¿Quién es Dios? “Dios es Espíritu, infinito, eterno, e inmutable en Su ser, sabiduría, poder, santidad, justicia, piedad y verdad”.

¿Cómo sabemos que hay un Dios? Se revela en la creación, en la conciencia, en la Biblia y en la persona de Jesucristo. Primero, se revela en la creación. La creación demanda un Creador, como un diseño demanda un diseñador. El telescopio le revela en el orden e inmensidad de Su universo. El microscopio le revela en el orden y complejidad del átomo que Él diseñó.

Se revela en la conciencia. Cada persona tiene la percepción innata de un Ser Supremo, al igual que de un mecanismo controlador que aprueba o condena las propias acciones humanas. Se puede ahogar esta voz o reducirla a un susurro. El pensamiento acerca de Dios puede hacer que se sienta tan incómodo, que llegará a negar Su existencia. Pero el testimonio de Dios sigue estando allí, en lo profundo del corazón humano.

Dios se revela en la Biblia. En ella aprendemos que Dios es Todopoderoso, Omnisciente y Omnipresente. Que es Santo y Justo, pero también de Su gracia, misericordia y amor. En ella aprendemos que Dios no sólo crea, sino que también sostiene, provee, guía, redime y salva.

Y, por supuesto, Dios se revela en el Señor Jesucristo. Si quieres saber cómo es Dios, mira a Jesús. Él vino para revelar a Dios al mundo.

En el la Plaza de Trafalgar en Londres, hay un gran pilar con una estatua de Lord Nelson encima, arriba de todo. Pero el Almirante está tan remoto que tan sólo las palomas pueden verle con claridad. Una vez tuvo lugar una gran Exposición en Inglaterra, y las autoridades le encargaron a un escultor que hiciese una duplicación de la estatua de Nelson, colocándola después sobre un pedestal a ras del suelo. Aquellos que asistieron a la Exposición pudieron entonces apreciar de cerca lo que hasta entonces había sido borroso e indistinto.

Jesús es Dios manifestado en carne. Cuando los hombres le vieron, contemplaron a Dios, el Padre. Cristo es la imagen expresa de la Persona de Dios.

Tarde o temprano todos hemos de afrontar la realidad de la existencia de Dios. Pero más aún, tarde o temprano todos vamos a encontrarnos con Dios. Tenemos una cita final con Él. ¿Cómo será ese encuentro? ¿Qué podemos hacer para estar preparados? Es algo en lo que debemos pensar.

Afrontémoslo

Cada persona con un poco de sentido común tiene que pensar acerca de la existencia del mal en el mundo. Hay pecado por doquier. Lo vemos a nuestro alrededor: en la obscenidad de la TV, en las pegatinas de los coches, en las pintadas de las paredes... Lo vemos en la promiscuidad sexual, en las borracheras, en el robo, asesinatos, corrupción... añade lo que quieras. Hasta los preciosos bebés muestran egoísmo, mal genio y rebeldía.

Oímos pecado en nuestro entorno: palabrotas, blasfemias, chistes verdes, vilezas de doble sentido.

Y lo peor de todo es que lo vemos en nosotros mismos: en nuestros pensamientos, hábitos, el extremado egoísmo —la obsesión con nosotros mismos. Si somos honestos, tenemos que admitir que en realidad, lo que somos por dentro es mucho peor que cualquier cosa que hayamos hecho.

Nos preguntamos: “¿Cómo comenzó el pecado? ¿Cómo puedo obtener la victoria sobre éste en esta vida? ¿Cómo puedo librarme de su culpa y condenación en la próxima vida?”

La filosofía de vida de cada uno, por cierto debe tratar con todo el asunto del pecado, y dar respuestas que sean innegablemente verdaderas.

Muerte e Impuestos

La muerte es el gusano en la manzana de la vida. Es el gran aguafiestas que echa la cortina sobre esperanzas, ambiciones, sueños, gozos y placeres. Había un hombre que quería hacerse rico invirtiendo en la bolsa. Una vez alguien le dijo que podía pedir lo que quisiese, y él dijo que le gustaría ver el periódico del próximo año. La idea que tenía, por supuesto, es que entonces podría comprar en los valores que más subiesen durante el año. Con el periódico en sus manos, comenzó a saborear lo rico que llegaría a ser. Pero cuando sus ojos se detuvieron en la página de las esquelas, encontró que su nombre estaba allí.

La muerte comparte sus honores con los impuestos porque ambos son inevitables. Vemos cómo les ocurre a los demás, pero nos resulta difícil imaginar que nos va a pasar a nosotros. Pero no estamos exentos. Nos llegará igual que a todos los demás.

Los coches fúnebres, tanatorios y cementerios nos lo recuerdan constantemente. En realidad, deberíamos estar bastante acostumbrados a lo que es la muerte, pues cada vez que vamos a dormir, estamos representando una escena de muerte. El cuerpo, en un sentido, duerme en muerte.

Muchos prefieren no pensar en ello. En el lenguaje japonés, la palabra que significa “cuarto” también significa “muerte”. Por eso, los hoteles japoneses no tienen cuarto piso. (De todas formas, el piso que hay encima del tercer piso sigue siendo el cuarto, lo llamen como lo llamen).

En el momento en que la persona muere, va a encontrarse con Dios. Es un momento de consciencia total y de terrible solemnidad. Podemos cerrar nuestros ojos a la realidad en esta vida, pero los tendremos bien abiertos un minuto después de morir.

Es una gran necesidad comportarse como si nunca fuésemos a morir. Lo que sí que tiene sentido es afrontar la realidad sin rodeos y prepararse para esa cita inescapable.

Lo Que Siembras — Segarás

La Biblia dice: *“después de la muerte, el juicio”*. ¡Qué fuerte! Significa que llegará un día en el que cada uno estará delante de Dios. Ni la ropa, ni posición social, ni prestigio, ni riquezas ni orgullo tendrán valor alguno. Todo saldrá a la luz: cada palabra ociosa, cada hecho caprichoso, todos los pensamientos y motivos del corazón. El gran rayos-X de Dios examinará a cada hombre por dentro y por fuera. Nada se escapará de Su escrutinio.

Tiene que haber un juicio. La Biblia lo declara. La santidad de Dios lo requiere. La justicia lo demanda.

La Biblia lo declara. *“Porque Él ha establecido un día en el cual juzgará al mundo en justicia, por medio de un Hombre a quien ha designado, habiendo presentado pruebas a todos los hombres al resucitarle de entre los muertos”* (Hch. 17:31 BAS). En otras palabras, el juicio es tan cierto como la resurrección de Cristo. Si Cristo no resucitó, entonces los hombres no tienen de qué preocuparse. ¡Pero Él sí que resucitó!

La santidad de Dios lo requiere. Él no puede pasar por alto el pecado ni tratarlo a la ligera. Hay una deuda pendiente, una pena que exigir, una sentencia que cumplir.

Y la justicia divina demanda juicio. En esta vida no todas las cuentas pendientes se tratan igual. Los crímenes no se resuelven. Las deudas no se pagan. Los males no se corrigen.

Por eso te digo que debes tener en cuenta la realidad del juicio divino venidero. Pero no basta con aceptar la verdad. Debes buscar hasta que encuentres un abogado que te defienda y un alegato que te absuelva frente a tal sobresaliente evidencia de culpa. A menos que consigas esto con éxito, vas a chocar de lleno con la siguiente y terrible verdad —la realidad del infierno.

No Hay Intermedio

El infierno es un asunto que se debe tratar con gran delicadeza, hasta con lágrimas. Es un tema que, humanamente hablando, querríamos evitar. Preferiríamos no creer ni en su existencia. Sería más agradable creer en la salvación universal, esto es, que al final todos serán salvos, hasta el mismo Diablo.. O preferiríamos pensar que habrá una segunda oportunidad después de esta vida. O nos gustaría pensar que los muertos malos serán aniquilados, esto es, que cesarán de existir. Pero ninguna de estas opciones queda abierta ante nosotros. La Biblia enfatiza en la existencia del infierno.

El Señor Jesús habló más del infierno que del cielo, y por lo tanto, es obvio que creía en ambos. Y está igualmente claro que, si no hay infierno, tampoco hay cielo. El uno es tan real como el otro.

Es extraño, pero hay gente que no cree en el infierno y siempre está mandándoles allí a los demás. ¿A dónde? ¿A un lugar imaginario?

Tiene que haber un infierno. Como dijo Clow: “No puede haber un mismo estado y lugar para María y Judas, para el ladrón penitente y para el impenitente, para santos hombre y mujeres y para los cínicos amantes de la lujuria y el crimen”.

La pregunta clásica que intenta refutar el infierno es: “¿Cómo puede un Dios de amor sostener un infierno eterno?” La respuesta, por supuesto, es que Dios no creó el infierno para la raza humana; lo diseñó para el Diablo y sus seguidores. Como veremos en la próxima sección, Dios pagó un precio enorme para que ningún hombre ni mujer tuviese que ir nunca al infierno. Él proveyó de un camino de escape y lo ofrece gratuitamente a todos. Pero supongamos que el hombre se niega a aceptar el plan de Dios, entonces, ¿qué? Deliberadamente está escogiendo el infierno. No hay otra alternativa.

Todo aquel que realmente piensa, debe meditar en estas realidades y darse cuenta de que, a menos

que acepte la primera opción, este mundo con todos sus atracciones será el único cielo que conocerá jamás.

¡Pagado por Completo!

Ahora llegamos a la realidad central de toda historia —la realidad del Calvario. Si a una persona le falta esto, le falta todo.

¿Qué ocurrió en el Calvario?

¿Qué ocurrió? ¿No lo sabes?

El Creador murió por Sus criaturas. El impecable Hijo de Dios murió por los hijos de hombres pecadores. El tierno Pastor murió por las ovejas perdidas.

Hace algunos años, circulaba la siguiente historia entre los jóvenes en un campamento de verano. Se contaba que unos seres extraterrestres aterrizaron en la tierra y entablaron conversación con unos hombres. Poco después, su conversación se había desarrollado hasta llegar a ser una discusión jactanciosa.

Los extraterrestres retaron a sus oponentes preguntándoles: “¿Qué tenéis vosotros, los terrestres, de lo que podáis jactaros?”

Respondieron: “¿No lo sabéis? Recientemente mandamos un hombre a la luna”.

“¿Y qué? Nosotros hemos estado viajando interplanetariamente durante siglos. ¿Qué más?”

Y así siguieron. Dijeran lo que dijeran los humanos, los visitantes del espacio siempre les llevaban la delantera. Finalmente, en exasperación, un hombre dijo: “Bueno, Dios visitó nuestro planeta hace 1900 años”.

Al fin los extraterrestres se impresionaron. Ansiosamente, dijeron: “¿De verdad? ¡Rápido! ¡Llévanos donde está para que le conozcamos!”

El hombre, aturdido, tuvo que contestar: “No podemos. Le matamos”.

Ahora, nosotros sabemos que el Señor Jesús no está muerto. Él es el Salvador resucitado y vivo. Pero lo que le falta a la fábula de precisión doctrinal, lo tiene en valor sorprendente. Dios visitó esta tierra en la persona de Jesucristo hace dos milenios. Nacido de la Virgen María, probado en aquellos años silenciosos en Nazaret, salió a Su ministerio público a la edad de 30 años, presentándose como el Mesías —el Rey de Israel. Pero fue despreciado, ridiculizado y rechazado por los gobernantes y el pueblo.

Finalmente fue traicionado, arrestado y probado con acusaciones inventadas. Aunque Pilato vio que era inocente, le dejó en las manos de la multitud airada para que le crucificasen. ¡Y fue así como murió!

Pero Su muerte tuvo más que un significado pasajero. Dios había cargado sobre Su Hijo **todas** nuestras iniquidades. Cristo murió como Sustituto de los pecadores. Pagó el castigo de los pecados que nosotros tendríamos que haber pagado. Sufrió la muerte que tendríamos que haber sufrido nosotros.

Tres días después de Su muerte, Él se levantó de la tumba, victorioso sobre la muerte, el pecado, el infierno y Satanás. A través de Su muerte sacrificial y Su gloriosa resurrección, proveyó de un medio por el que Dios podía salvar a los pecadores impíos sin ignorar sus pecados. Como ves, el Señor Jesús satisfizo las justas demandas de Dios contra el pecado. Él llevó la pena de la ley de Dios quebrantada. Cumplió con las demandas de la justicia severa.

Pero el hecho de que Él muriese y resucitase no salva automáticamente a nadie. Hay que recibir el regalo. Hay que aceptar el perdón. Hay que apropiarse de la salvación del pecado. La obra de Cristo es suficiente para **todos**, pero es eficaz solamente para aquellos que le reciben por fe. Si algunos no le aman, no se fían de Él, y no quieren ir al cielo, Dios no les va a llevar. No sería cielo para ellos, y pronto lo estropearían para todos los demás. Sí, Cristo consumó la obra necesaria para nuestra salvación. ¡Ahora nos toca a nosotros dar el siguiente paso! El paso más importante que podamos dar jamás, porque lo más importante en la vida es ser salvo.

La Hora de la Verdad

¿Cómo puedo ser salvo? ¡Es una buena pregunta, si brota del corazón!

Primero, debe haber una comprensión profundamente arraigada de que eres un impío pecador, grandemente merecedor del infierno. Esto es lo que quiso decir Mark Twain cuando dijo: “Al cielo se va por el favor. Si fuera por méritos, tú te quedarías fuera y tu perro entraría”.

Junto con esta convicción de pecado en el corazón, debe haber un intenso aborrecimiento del pecado y el hecho de apartarse del mismo.

Segundo, debes abandonar cualquier idea de salvarte a ti mismo o de contribuir para tu salvación con buenas obras, con tus prácticas religiosas o por medio de tu buen carácter. Debes acudir con la actitud: “No traigo precio alguno en mi mano”. Debes acudir declarándote culpable y abandonándote a la misericordia del tribunal.

Tercero, debes creer que el Señor Jesús murió como tu Sustituto, que Su sangre fue derramada para pagar el precio de tus pecados. Debes estar persuadido de que tú eres el que debieras haber muerto, pero que Él murió en tu lugar.

Finalmente, por un acto definitivo de fe, debes recibir a Jesucristo como tu único Señor y Salvador. Al recibirle como Señor, reconoces que eres incapaz de gobernar tu propia vida y le cedes a Él, como Dueño, el control. Recibiéndole como Salvador, estás diciendo que Él es tu única esperanza para salvarte de tus pecados y del infierno, y para llevarte al cielo al final.

Cuando haces esto, puedes saber, por la autoridad de la Palabra de Dios, que **todos** tus pecados te han sido quitados, que has nacido de nuevo, y que tienes vida eterna. Eres una nueva criatura en Cristo Jesús.

Y si no lo has hecho nunca, ¿por qué no ahora? Arrepiéntete de tus pecados, cree en el Señor Jesucristo y pasa de muerte a vida.

Si tienes miedo porque cuesta mucho ser cristiano, harás bien en reflexionar en lo que cuesta **no** ser cristiano.

¿Dónde Vamos Ahora?

No pienses que haberte convertido es el fin pues, realmente, no es más que el comienzo. Es el fin de un capítulo y el principio de uno nuevo —una realidad de la cual tú das testimonio bautizándote como creyente.

Hasta ahora, con coraje has afrontado algunas de las cuestiones de la vida, respondiendo a ellas inteligentemente. Pero hay más —más realidades que afrontar, más cuestiones con las que enfrentarte. ¿Qué cuestiones son éstas?

¡No Hay Tiempo Que Perder!

Ya has considerado la brevedad de la vida en lo referente a la oportunidad de salvación. Ahora el viejo Tiempo meneas su dedo huesudo bajo tu nariz, y te dice: “El tiempo de servicio también es breve, y más te vale aprovecharlo al máximo”.

Es un eco a las palabras del Señor Jesús: “*Nosotros debemos hacer las obras del que me envió mientras es de día; la noche viene cuando nadie puede trabajar*” (Jn. 9:4 BAS).

Todos los siervos de Dios que han sido eficaces para Él han trabajado bajo un sentido de urgencia. El siervo de Abraham dijo: “*No comeré hasta que haya dicho mi mensaje*” (Gn. 24:33). Amy Carmichael dijo: “Los votos de Dios están sobre mí. No me detendré a jugar con las sombras ni a arrancar las flores terrenales hasta que haya terminado mi obra y rendido cuentas”. En otro lugar escribió:

“Tan sólo doce cortas horas;
Oh Buen Pastor, haz que en nosotros
Este sentido de urgencia nunca muera,
Que busquemos, junto a Ti, en cada loma”.

Un fabricante japonés de coches adoptó el slogan de venta: “Somos impulsados”. En otro sentido, el creyente debe ser impulsado por la comprensión de la enorme cantidad de trabajo que hay para hacer, y la pequeña cantidad de tiempo y obreros que hay para hacerlo.

“El bosque es profundo, oscuro y encantador
Pero tengo promesas y votos que guardar
Y un largo trecho que correr antes de reposar”.
Robert Frost

Comprado y Pagado

Otra consideración que debe asir a cada creyente es la verdad de la redención. Una de las muchas cosas que ocurren cuando una persona se convierte es que es redimida. Esto significa que por el Señor Jesús ha sido comprado del mercado de esclavos del pecado. Perteneíamos a Dios por que Él nos creó, pero nos extraviarnos y nos convertimos en ciudadanos del reino de las tinieblas satánicas. Cristo nos redimió de ese reino de esclavitud al pecado, y ahora le pertenecemos a Él de nuevo.

El precio de nuestra redención no fue en metálico, sino que fue la preciosa sangre de Cristo. Es un rasgo de gracia indecible, que Él estuviese dispuesto a pagar tan enorme precio por personas culpables como nosotros. Habíamos perdido todo valor, pero ese es el valor que Él nos asignó por Su gracia.

Si Él nos compró, entonces ya no nos pertenecemos a nosotros mismos. Le pertenecemos a Él para siempre. Esta verdad dio en el blanco en la vida de C.T. Studd, y cambió por completo la dirección de su vida: “Yo sabía que Jesús había muerto por mí, pero nunca había llegado a comprender que si Él murió por mí, entonces yo ya no me pertenecía a mí mismo. Redimir es comprar de nuevo; por lo tanto, si le pertenezco a Él, una de dos: o soy un ladrón y me quedo con lo que no es mío, o lo rindo todo a Dios. Cuando llegué a ver que Jesús había muerto por mí, no pareció muy difícil rendírsele todo a Él”.

El apóstol Pablo nos recuerda que no somos nuestros, porque hemos sido comprados por precio. Es posible conocer esta verdad intelectualmente, aprobarla teológicamente, y aun así seguir aferrándonos a una vida que le pertenece a Otro. Lo que hay que hacer es reconocer los derechos del Redentor y rendírsele a Él.

¿Quién Tiene La Última Palabra?

En los días que estaba en auge la adoración al emperador en el Imperio Romano, los hombres tenían que jurar: “Cesar es el señor”. Negarse a hacerlo se pagaba con la muerte. Los cristianos, por supuesto, no podían unirse a tal blasfemia. Su clara confesión era: “Jesús es el Señor”. Murieron por esa verdad.

A nosotros no se nos presiona a reconocer el señorío de ningún gobernador terrenal, pero tenemos la **obligación** de reconocer que Jesucristo *es* el Señor.

Por eso Él murió y volvió a vivir —para ser **Señor**. Y como Señor, tiene el derecho a **todo**.

Es fútil llamarle Señor si no le obedecemos. Es incoherente decir: “Él es mi Señor”, y en el siguiente respiro decir: “No así, Señor”.

A algunos les gustaría aceptar a Jesús como Salvador, pero negarle los derechos del trono como Señor. La Biblia no apoya a ninguno que reciba a Cristo con tales reservas. Debemos acudir sin reservas y

sin mirar atrás.

Describiendo la coronación de la Reina en la Catedral de Westminster, John Stott dijo que uno de los momentos más conmovedores fue justo antes de la coronación, en el momento en que la corona iba a ser puesta sobre su cabeza. “El Arzobispo de Canterbury, el ciudadano principal del país, exclamó cuatro veces hacia cada uno de los puntos cardinales en la Catedral, norte, sur, este y oeste: ‘Señores, les presento a la que es, sin lugar a dudas, Reina de estos dominios. ¿Están dispuestos a rendirle homenaje?’ Y no fue hasta que una gran exclamación afirmativa tronó cuatro veces en el interior de la Abadía de Westminster, que fue traída y colocada la corona sobre su cabeza”.

El sr. Stott prosiguió: “Y a ustedes hoy les digo, señoras y caballeros, ‘Les presento a Jesucristo como el que es, sin lugar a dudas, Rey y Señor. ¿Están dispuestos a rendirle homenaje?’ ”

Esta es la pregunta que debe contestar todo aquel que profesa ser creyente. ¿Oye el Señor tu exclamación afirmativa?

Constreñido por el Amor de Cristo

Permíteme presentar otro tema que debe motivar a cada hijo de Dios a dejar tu marca en historia para Él. Me refiero al amor de Cristo por ti y por mí.

Piénsalo de esta manera: ¡Alguien murió por ti! Y ese “Alguien” no era un hombre pecador como nosotros. Él era el santo Hijo de Dios, Aquel que vivía con Dios en felicidad ininterrumpida y celestial desde toda la eternidad. Te amó tanto que dio Su vida como un rescate por ti.

Y, te pregunto, ¿por qué te amó? Bueno, no fue por ningún mérito que hubiese en ti. No había nada en ti que atrajese Su amor. En realidad, tú eras Su enemigo. En lo que a ti se refería, Su amor era enteramente inmerecido.

¡La razón por la que te amó es porque Él es así! Su misma naturaleza es amar, y el amor debe tener un objeto.

Él no te amó porque estuvieses vivo y sano. Estabas muerto en delitos y pecados. Te amó porque, a menos que Él interviniese, hubieses perecido para siempre.

No hay quien pueda medir las dimensiones de tal amor, su anchura, longitud, altura y profundidad. Un himnólogo lo representó así: los océanos del mundo llenos de tinta, el firmamento formando un gran papel, cada hierba convertida en un pincel, y cada persona siendo un buen escritor. Llegó a la conclusión de que, para escribir el amor de Dios, a los escritores les faltaría papel y tinta en el intento.

Ahora, ¿piensas que Él murió para que tú puedas “seguir tu marcha”, viviendo la misma vida egoísta y pecaminosa que llevabas antes? No, Él murió y resucitó, para que de hoy en adelante vivas para Él. Ésta debe ser una verdad que moldee la vida. ¿Es así en tu caso?

No Dueños, Sino Mayordomos

Todavía no hemos terminado. Otro punto fundamental que debemos enfrentar es la doctrina de la mayordomía. En pocas palabras, significa que estamos aquí para representar los intereses de Dios. Somos Sus mayordomos.

Todo lo que tenemos le pertenece —tiempo, talentos, tesoros. Es fácil caer en la ilusión de que nuestro dinero nos pertenece, que nuestras habilidades nos pertenecen, y que la casa, el coche y la familia nos pertenecen. De modo que nosotros somos los jefes y tenemos la última palabra. Muchos de los llamados cristianos tienen este concepto. ¡Pero es todo un engaño! Si somos cristianos verdaderos, pertenecemos al Señor, todo lo que somos y tenemos.

La cuestión es: “¿Cómo podemos usar mejor lo que Él nos ha confiado para honrar Su Nombre y que avance Su causa?”

Un día estaremos ante el Maestro para rendir cuentas de nuestra mayordomía. Los libros

mostrarán si nuestros preciosos talentos han sido prostituidos en este mundo tan indigno. Mostrarán si nuestro dinero se ha gastado para auto indulgencia. Los libros abiertos testificarán de si nuestro tiempo ha sido malgastado en actividades triviales y sin relación al Reino.

Nos estamos engañando a nosotros mismos si pensamos que, por medio de alguna alquimia mágica, todos terminaremos siendo felicitados con las palabras “bien hecho, siervo fiel”, aunque no hayamos hecho nada. La revisión de nuestras vidas y servicio revelará las cosas exactamente como han sido.

Realmente, ¿Qué Hay en el Corazón de Dios?

Al considerar qué hacer con mi vida, ciertamente debo tener en cuenta esta realidad: que las personas de mi alrededor están muriendo sin Cristo. Esta realidad debería preocuparme.

Debo preocuparme por mis familiares, amigos, vecinos, compañeros de trabajo, en realidad, por toda la raza humana. El Señor Jesús enseñó que debo amar a mi prójimo como a mí mismo. Mi prójimo es cualquiera que esté necesitado. Si realmente amo a mi prójimo, querré verle disfrutar las bendiciones espirituales que son más en Cristo. Me sacrificaré para que él pueda tener una Biblia, para que sea salvo, para que disfrute una vida más abundante.

Las personas importan de veras. Las cosas no son importantes, pero las personas sí; por lo tanto, debo amar más a las personas que a las cosas.

Si mi vida va a contar realmente, debo relacionarme con otros, no aislarme en mi casa. Debo invertir mi vida y mi tiempo en vidas humanas.

Sentado en una Mina de Oro

Sería terrible tener la solución para el cáncer y no dársela a los que padecen de ello por todo el mundo. Pero aún es peor tener la solución para el pecado y no comunicárselo a los perdidos.

Un hombre solía circular entre los coches de un transitado ferrocarril, diciendo a todo el que quisiera escuchar: “Si conocen a algún ciego, háblele del Dr. Blum. Yo estaba ciego y él me restauró la vista”.

Cuando entré en servicio militar en la Marina, era inexcusablemente tímido cuando se trataba de hablar del Señor a otros (un defecto que me ha perseguido toda la vida). Una noche en la base aérea de la Marina, entré al comedor para cenar algo. Sólo había un hombre en toda la sala, un piloto al que llamaremos Mack Knabe. Estaba comiéndose un filete y leyendo el periódico. Pedí un filete también y comencé a leer mi periódico. Entonces recibí una fuerte impresión de parte del Señor de que debía hablarle a Mack acerca de su alma. Comencé a dar largas, explicándole al Señor que Mack estaba leyendo el periódico y no le haría gracia que yo le distrajesse. Cuando me trajeron mi filete, de nuevo tenía la impresión de que debía hablarle a Mack. Pero me entretuve comiendo y leyendo, y así resistí el impulso.

Esa noche Mack y su co-piloto salieron en un vuelo destinado para la costa occidental. Aterrizaron en Flagstaff, Arizona, y emprendieron el vuelo de nuevo. Poco después el avión desapareció. Se enviaron grupos de rescate, pero no se encontró ni rastro del DC-3. Pasaron semanas, y meses, y el misterio de la desaparición seguía sin resolverse.

En la primavera de 1943, algunos Boy Scouts que estaban escalando las montañas de San Francisco, fuera de Flagstaff, vieron la estructura de la cola de un avión que asomaba entre la nieve. Cuando las autoridades llegaron al lugar de la escena, encontraron los cuerpos de Mack Knabe y su co-piloto entre los restos del destrozado.

Ya te puedes imaginar lo traumática que fue esta experiencia para mí. Había fallado en comunicarle las Buenas Noticias a un hombre que estaba pasando su última noche en la tierra.

Poco después de esto, mientras pasaba por el hangar me di cuenta que habían extendido un toldo en el suelo. Dos oficiales estaban haciendo el inventario de los efectos personales de Mack y su co piloto,

para mandárselos a los parientes más cercanos.

Me apresuré a llegar a mi habitación, caí sobre mis rodillas y lloré en la presencia del Señor. Había aprendido la vergüenza y el remordimiento de tener la respuesta y no darla. Ahora debo vivir con la terrible probabilidad de encontrarme un día con alguien que me señalará acusándome con el dedo y diciendo: “Nunca me lo dijiste”.

Hay cosas que los inconversos pueden hacer igual o mejor que los creyentes. Pero nosotros somos los únicos que les podemos comunicar a los demás el camino de salvación. En este sentido, somos indispensables. Debemos dejar que el mundo haga lo que puede hacer, para que nosotros podamos hacer lo que es vital. ¿No es esto lo que quiso decir el Señor Jesús cuando dijo: “*Deja que los muertos entierren a sus muertos; pero tú, ve y anuncia por todas partes el reino de Dios*” (Lc. 9:60 BAS).

Pablo dijo que era deudor a griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios. Por eso estaba listo para predicar el Evangelio a cada oportunidad.

Todos somos deudores a toda la raza humana. Todos debemos estar listos, como los tres hambrientos leprosos que repentinamente se encontraron rodeados de increíble abundancia. En efecto, lo que dijeron fue: “*Hoy es día de buena nueva, y nosotros estamos aquí sentados sin hacer nada al respecto. No es momento de estar callados*”. Y así fueron y les dijeron a sus paisanos que fuesen a buscar pan.

¡Hoy no es momento de estar callados!

Grítalo Desde los Tejados

Jesús dijo: “*Id, pues, y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*” (Mt. 28:19, 20 BAS).

Es un mandamiento directo de parte del Señor resucitado, a Sus discípulos. De una forma u otra, cada creyente debería estar involucrado en la evangelización del mundo.

La única pregunta que tenemos que afrontar es: “¿Vamos a ser obedientes?” Cuando el Señor Jesús dice “*Id*”, ¿vamos a decir “No”? O cuando dice: “*¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?*” ¿vamos a decir: “*Heme aquí, envíame a mí*”?

Me refiero a que, al planear tu vida, debes preguntarte: “¿Qué voy a hacer con la Gran Comisión?”

Tu Vida “Reproducida en Pantalla”

Una cuestión final a la que todos debemos hacer frente es el Tribunal de Cristo. El bema, o tribunal, es el lugar en el que se evaluará el servicio del creyente. Será un momento de repaso y recompensa.

Allí no habrá juicio de los pecados del cristiano; porque el juicio de todos ellos ya tuvo lugar, de una vez por todas, en la Cruz del Calvario. El precio de todos nuestros pecados ya ha sido pagado, y Dios no demandará el pago dos veces. No hay doble riesgo.

Pero nuestras obras sí que serán juzgadas, y recibiremos recompensa o sufriremos pérdida.

El Tribunal de Cristo no es como el Juzgado de Criminales, en el que el juez declara sentencias a los que han quebrantado la ley. Más bien es como una concurso o feria, donde el juez otorga el primer premio, segundo premio, y mención de honor.

Aunque el Tribunal de Cristo no inspira temor de castigo, sí que debe provocar en nosotros el deseo de agradar al Señor en todo, y de hacer que nuestras vidas cuenten para la eternidad.

“Debemos vivir a la luz de la eternidad. Dentro de cien años, ¿dónde estaremos tú y yo? Sin duda, hemos de aprender a vivir, no por lo pronto olvidado de esos momentos pasajeros y borrosos, sino pensando en la luminosa luz que lo revelará todo, la cual brillará atravesando todos nuestros motivos y

nuestro ser, con mucha más claridad que cualquier rayo-X que pudiese atravesar la carne de nuestro cuerpo” (de la revista *Revelation*).

Pausa y Repasa

Ahora, detente un momento, respira hondo, y repasa el material que acabamos de abarcar. Hemos estado enumerando grandes realidades y cuestiones que debemos considerar para hacer que nuestras vidas tengan sentido. ¡Aquí los tienes!

El tiempo es corto. Se nos escapa de las manos. Debemos hacer que cada minuto cuente.

No nos pertenecemos a nosotros mismos. Cristo nos redimió en la Cruz. Ahora le pertenecemos a Él.

Jesús es el Señor. Como tal, tiene el derecho de gobernar absolutamente en nuestra vida. Nuestra obligación es entregarle el control.

Somos mayordomos. Todo lo que tenemos le pertenece a Él. Somos responsables de administrar Sus asuntos de tal manera que le honremos y hagamos avanzar Sus intereses.

Los hombres y las mujeres de nuestro alrededor están pereciendo. Esto tiene que preocuparnos. No debemos enredarnos en un mundo de cosas cuando las almas están en juego.

Tenemos la respuesta para la necesidad del mundo. Es algo terrible tener la respuesta y no comunicarla a los demás. Somos deudores a todos los hombres.

La Gran Comisión sigue siendo el mandamiento claro de Cristo. Cada ser humano es o un misionero o un campo misionero. El Señor Jesús dijo: “*Id*”.

Un día pronto estaremos ante al Tribunal de Cristo. Las cosas que importarán entonces son las que deben ocupar nuestro tiempo ahora.

Estas son las realidades. La cuestión es: “¿Qué vamos a hacer con ellas?” Hay por lo menos tres posibilidades. Primero, podemos planear nuestra vida con nuestra propia sabiduría y recursos, haciendo lo que queremos. Segundo, podemos llevar la vida como venga, dejándonos llevar por la corriente. O finalmente, podemos comprometer nuestras vidas totalmente a Jesucristo, dejando que Él escoja por nosotros. Examinemos ahora estas tres posibilidades y veamos cuál es la que queremos.

Plan A: Haz lo Tuyo Propio

Quizás la respuesta más común a las grandes cuestiones de la fe cristiana es planear la propia vida. El creyente tiene una confianza ilimitada en su propia sabiduría y habilidad. Tiene grandiosas ambiciones y no quiere que nada se interfiera en ellas. Y así sigue, persiguiéndolas con obstinada determinación.

Hazte Rico

Quizás uno decida amasar una fortuna. Esto le ofrece la promesa de satisfacción. Si simplemente pudiese conseguir lo suficiente, sería feliz.

Ha olvidado el proverbio romano, que dice: “el dinero es como el agua del mar; cuanto más bebes, más sed tienes”.

Se olvida de que la avaricia es como agarrarse a un cable eléctrico; es difícil desprenderse de él.

Se olvida de que el Nuevo Testamento no dice nada bueno acerca de acumulación de riqueza, sino que dice que es difícil que un rico entre en el Reino de Dios, y que el amor al dinero es la raíz de todos los males. Dice que la avaricia es idolatría. Prohíbe hacerse tesoros en la tierra.

La mitología griega cuenta cómo una bella doncella se distraía por el encanto del oro. Atlanta juró que sólo se casaría con el hombre que pudiese ganarle en una carrera; el hombre que perdiese, moriría.

Antes de comenzar la carrera, Afrodita le dio a Hipómenes tres manzanas de oro. En el transcurso de la carrera, él las fue dejando caer a intervalos, y Atlanta, deteniéndose a recogerlas, quedó atrás y perdió la carrera.

El creyente, como hijo de Dios, está en continuo peligro de distraerse con las manzanas de oro. Tiende a olvidar que las riquezas espirituales son las únicas verdaderas. Esto lo vemos ilustrado en la historia de “El Hombre Más rico del Valle”, relatada por Harold Wildish.

Había un hombre rico que vivía en una mansión en la cima de un monte. Desde su ventana podía contemplar el valle, salpicado de muchas granjas, y solía decir: “Todo esto es mío”. Poseía todo lo que el dinero puede comprar, pero estaba SÓLO. Nunca se arrodillaba en oración, nunca leía la Biblia, y nunca visitaba la iglesia local.

Su superintendente era un hombre pobre que vivía en una pequeña casa de campo con su mujer y sus hijos. Su hogar era un lugar de gozo y de paz. Todos conocían a Juan como un hombre de Dios. Su voz se oía a menudo en oración en la iglesia.

Una mañana, a la hora del desayuno, sonó el timbre en la casa del hombre rico. Preguntándose quién podría ser tan temprano, abrió y vio a Juan, que permanecía ahí humildemente.

“¿Les pasa algo a los caballos, Juan?”

“No señor, pero, ¿puedo hablar con usted un momento?”

“Por supuesto, pasa”, y los dos hombres se detuvieron en la lujosa alfombra, una escena de grandes contrastes.

“Sentí que debía venir”, comenzó Juan, “porque tuve un sueño muy vívido esta noche, y pensé que usted tiene que saberlo”.

“Claro, bueno, cuéntame”.

“Bien, señor, parecía como si Dios me dijese que el hombre más rico del valle morirá hoy a media noche. Espero que no se ofenda. Simplemente sentí que usted debía saberlo”.

“Oh, Juan, estoy bien. No te preocupes. De todas formas, yo no creo en los sueños”.

Juan se volvió para ir y comenzar la labor del día, diciendo, casi disculpándose: “Pensaba que debía decírselo”.

El hombre rico se volvió y permaneció contemplando su valle. “Viejo necio. Qué tontería. Me siento bien”.

Alrededor de las 10:00 de la mañana, el hombre rico se montó en su coche y fue al pueblo a la consulta del doctor. Después de haberle hecho una revisión completa, el doctor le dijo: “Está usted en buena forma. Le daría otros veinte años”.

“Ya me lo figuraba”, dijo el hombre rico. “Bueno, doctor, ¿querría venir a cenar esta noche? Después podemos sentarnos al lado del fuego del hogar y conversar relajados un rato....Muy bien, venga sobre las 7:00”.

Todo el día intentó mantenerse ocupado con sus cosas y placeres, pero no podía olvidar las palabras. “El hombre más rico del valle morirá hoy a media noche”. Se sintió muy aliviado cuando por fin llegó el doctor. Les sirvieron una cena suculenta, y bebieron liberalmente. Después se sentaron frente al hogar y conversaron. El doctor intentó marcharse a las 11:00, pero el hombre rico le instó a que se quedase hasta la media noche.

Después aseguró los pestillos y cerrojos de la puerta, y permaneció un momento sobre la alfombra en la que Juan había dicho aquellas siniestras palabras: “El hombre más rico del valle morirá hoy a media noche”.

“Qué tontería. Me siento perfectamente”. Y se fue a la cama.

A las 12:30 sonó el timbre. Rápidamente, se puso la bata y salió a abrir la puerta, pensando que el doctor se habría olvidado algo.

En la penumbra vio a una muchacha llorando, cubierta su cabeza con un pañuelo.

“¿Qué pasa? ¿Quién eres?”

Las palabras se entrecortaban por los sollozos. “Mamá me mandó a decirle que papá murió a media noche... pensó que usted tendría que saberlo”.

“¿QUÉ? ¿Juan? ¡Oh, cómo lo siento! Dile a tu madre que lo primero que haga por la mañana será ir a vuestra casa”.

La desconsolada muchacha se fue, desapareciendo en las tinieblas, y él cerró la puerta lentamente, permaneciendo de nuevo sobre la alfombra. El clamor brotó de su corazón: “Oh, Dios, qué necio he sido. Fue el bueno y piadoso Juan, rico en fe, en amor y en paz a quien ibas a llamar. Él era el hombre más rico del valle”.

Es extraño que las personas que viven para el dinero no quieren tener el signo de éste en su tumba. Mas bien escogen una Cruz u otro símbolo religioso, para que se les recuerde por su piedad, y no por su avaricia.

De la misma manera que una moneda sostenida delante de un ojo puede ocultar el sol, así el dinero puesto antes que el alma, puede ocultar a Dios.

Vivir para el dinero es un callejón sin salida. No hay coches blindados en las funerarias. No puedes llevártelo.

Aquel que vive para el dinero adora a un dios falso y tiene el mundo erróneo en su corazón.

¿Cuánto es Bastante?

Otra forma de planear tu vida es acumulando todo tipo de posesiones materiales; no necesariamente dinero, sino riquezas en otras formas. El sueño de algunos es una casa lujosa en el Valle Feliz, con piscina, lancha motora, caravana, objetos de arte, porcelana china, plata esterlina, adornos, joyas, animales, muebles caros, un garaje repleto de equipamiento deportivo, y una hilera de coches en frente de su casa.

Tolstoi cuenta de un hombre que tenía un apetito insaciable por poseer más terrenos. Entonces oyó que se podía conseguir terreno entre los Bashkirs. Por 1000 rublos podía comprar todo el terreno que pudiese recorrer desde la salida hasta la puesta del sol. Comenzó, abarcando todo lo posible. Cuando veía buena tierra, se desviaba para rodearla. Cuando ya iba atardeciendo, se dio cuenta de que había hecho muchos desvíos, así que corrió y corrió hasta el punto de comienzo. Jadeando y exhausto, atravesó la línea en el mismo momento que se ponía el sol. Entonces sufrió un colapso y murió. Los espectadores le enterraron en una tumba poco profunda —ese era todo el terreno que necesitaba.

E. Stanley Jones contaba de otro hombre que se encontró en una situación en la que cada deseo era inmediatamente cumplido. “Quería una casa, y ahí la tenía con los sirvientes a la puerta. Quería un coche de lujo, y se le presentaba, con chófer y todo. Al principio estaba excitado y contento, pero la situación pronto comenzó a perder todo su encanto: ‘Quiero salir de aquí. Quiero crear algo, sufrir algo. Preferiría estar en el infierno antes que aquí’. Y el que le atendía respondió: ‘¿Y dónde piensas que estás?’”

La verdad es que actualmente hay muchos que viven en un infierno de materialismo, destrozados por la inseguridad, aburrimiento, insatisfacción e infelicidad.

Thomas Hardy se imaginó a sí mismo recorriendo un cementerio y escuchando lo que decían aquellos que yacían allí abajo. Un hombre había valorado más su ganado que a su Dios. Una mujer que se había recreado siempre contemplando su porcelana azul se dio cuenta de que ahora eso no tenía valor.

Una mujer rica de Minnesota miró por la ventana de su mansión y vio que había un fuego distante en la pradera. Se aseguró de la dirección del viento y quedó aliviada al ver que éste soplaba en la dirección contraria a su casa. Pero pronto la dirección del viento cambió, el fuego comenzó a avanzar a través de la pradera hacia ella. Entonces decidió rescatar sus más preciadas posesiones. Se apresuró en una habitación y se llenó los brazos; después entró en otra habitación, abandonando unas cosas y cogiendo otras. Así continuó en ese frenesí de sustitución, hasta que llegó el momento de huir. La historia termina diciendo que, cuando dejó la casa, llevaba un cubo de leche en una mano y un hueso de jamón en la otra.

Una vez llevaron a Samuel Johnson a ver una finca y jardines de lujo; sardónicamente comentó: “¡Éstas son las cosas que hacen que morir sea difícil!”

Debemos tener claro que la manera correcta de vivir no es acumulando posesiones materiales. Escuchemos el testimonio de hombres que sí hallaron la manera correcta de hacerlo.

William C. Burns dijo: “El estado de suprema felicidad de un cristiano en la tierra parece ser el tener pocas posesiones. Si uno tiene a Cristo en su corazón y el cielo delante de su vista, y tan solo las bendiciones temporales necesarias para acompañarle en esta vida, entonces el dolor y la pena tienen poco que apuntar. Tal persona tiene poco que perder”.

La política de David Livingstone era la siguiente: “No valoraré nada que tenga o posea excepto en lo que al Reino de Cristo se refiera. Si hubiese algo que contribuyese al avance de dicho Reino, tal cosa será dada o conservada, tan sólo considerando si al darla o al conservarla, promoverá la mayor gloria posible de Aquel a quien debo todas mis esperanzas ahora y por la eternidad. Que la gracia y la fuerza suficientes que pueden capacitarme para unirme fielmente a esta resolución me sean impartidas, para que, no sólo de palabra, todos mis intereses estén identificados con Su Causa”.

Watchmen Nee escribió: “No quiero nada para mí mismo; lo quiero todo para el Señor”.

Hudson Taylor dijo que “disfrutaba del lujo de tener pocas cosas por las que preocuparse”.

A.W. Tozer dijo: “No poseas nada”.

Y, finalmente, Malcolm Muggeridge añade su testimonio: “Al mirar atrás me doy cuenta de que las únicas veces que he sido feliz han sido en la sencillez y austeridad; una pequeña habitación blanca con una silla y una mesa, fruta y arroz en una hoja verde, una choza o una tienda —tales circunstancias aportan su propio éxtasis”.

Subiendo de Categoría

Al planear una vida, es tristemente posible otorgar el primer lugar a un trabajo. Es posible entronar a una empresa en lugar de Cristo. Es posible estar dispuesto a hacer por el dinero lo que uno no haría por el Salvador.

Las empresas procuran conseguir un personal con calificaciones muy elevadas, dándoles títulos impresionantes y pagándoles buenos sueldos. Pero van demandando más y más del tiempo y vida de la persona. Cuando ya han exprimido la última gota de devoción, le dan el apretón de manos en una ceremonia de jubilación, y con esto y una pequeña pensión, le mandan al desguace humano.

El cristiano ha nacido para una ocupación mayor que la que alguien llamó “un oficial menor en una empresa transeúnte”. No basta con “nacer hombre y morir comerciante”.

Hace años, en una conferencia misionera, Billy Graham dijo: “Cuando Calvin Coolidge le ofreció la embajada del Japón a John Mott, el gran misionero, éste dijo: ‘Sr. Presidente, ya que Dios me llamó cuando era estudiante para ser embajador Suyo, mis oídos se han ensordecido a otras llamadas’ ”. Una vez la Standard Oil Company estaba buscando a alguien que le representara en el Lejano Oriente, y escogieron a un misionero. Le ofrecieron diez mil, pero él lo rechazó; veinticinco mil, y lo rechazó; cincuenta mil, y lo rechazó. Le dijeron: ‘¿Qué pasa?’ Él les dijo: ‘Vuestro precio está muy bien, pero vuestro trabajo es muy pequeño. Dios me ha llamado a ser misionero’ ”.

Es terriblemente patética la historia que contó J. Sidlow Baxter, acerca de un hombre que dejó que su negocio de textiles le excluyera de las cosas de Dios. Obtuvo el éxito que había codiciado, pero en su lecho de muerte, murmuró frenéticamente desesperado: “Allí...Jesús...diciendo algo...pero...no puedo oír por el ruido de la fábrica”.

Pero ahora debemos hacer una pausa. Lo que hasta aquí hemos considerado podría crear la impresión de que está mal que un cristiano tenga un negocio, una profesión o un trabajo secular; lo cual, por supuesto, es absurdo. El modelo normal para el creyente es que trabaje, para proveer para sus necesidades y las de su familia. Es la voluntad de Dios. Lo que sí que está mal, es cuando el trabajo se convierte en el centro de la vida y el Reino queda en segundo lugar.

Vemos hasta dónde puede llegar una carrera profesional a ser central en la forma de pensar de uno en el siguiente incidente, en el que un famoso genecista, cuyas investigaciones, como suelen ser, tenían

que ver con las moscas de la fruta. Cuando este científico recientemente hizo una declaración pública en la que reconocía a Dios, una de sus asociadas se disgustó, y dijo: “Imagínate, ¡dejar las moscas de la fruta por Dios!”

Hay diferencia entre nuestra vocación y nuestra ocupación. Nuestra vocación, o llamada, es representar los intereses de Cristo en la tierra y avanzar Su causa. Nuestro trabajo es para pagar gastos. Pablo fue llamado a ser un apóstol. También trabajaba haciendo tiendas, pero ese no era su llamado. Hacía tiendas para poner pan en la mesa para sí mismo y sus colaboradores.

En realidad, nuestra ocupación tiene un significado mayor que meramente pagar gastos. También puede ser una parte vital de nuestro testimonio. Nuestro escritorio o mesa de trabajo puede convertirse en un púlpito en el que demostramos por nuestra vida y labios que Cristo hace una diferencia. Por nuestra diligencia, honestidad y personalidad cristiana, vivimos el Evangelio ante los ojos de los demás.

La ocupación puede ser también un medio para apoyar la obra del Señor por todo el mundo a través de nuestras ofrendas sacrificiales.

El peligro está cuando el trabajo llega a ser central. El cristiano debe aprender a decir a la empresa: *“Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, y ahí parará el orgullo de tus olas”*.

Salir en Primera Plana

Hay algunos que desdeñarían el dinero y las posesiones materiales, pero que persiguen la fama y los honores terrenales como la gran meta de su vida. Éstos van en pos de sombras. Deberían detenerse para considerar cuán pronto pasamos al olvido después de morir. La mayoría de nosotros no sabemos los nombres de nuestros tatarabuelos, y algunos no pueden ni siquiera identificar a sus abuelos. Pocos son los que podrían nombrar los diez últimos presidentes del país.

Y de los honores del mundo, ¿qué diremos? Los hombres gastan sus mayores esfuerzos para ganar una condecoración, que no es más que una tira de cinta, un trofeo barato, una placa de bronce, o un diploma. Después de no muchos años, éstos se descoloren o se deslustran, y pronto encuentran su hueco en el trastero, yendo finalmente a parar a la basura. Napoleón dijo a sus oficiales, mientras sostenía en su mano varias condecoraciones: “señores, con éstas podría construir un reino”.

Michael Griffiths pregunta: “¿Qué tendremos para mostrar a cambio nuestra vida? ¿Será medida por los pequeños premios y éxitos de la vida, o quizá algunos certificados de educación? ¿Copas de plata que indiquen la habilidad atlética, unas pocas medallas, o algún recorte de periódico? ¿Alguna subida de nivel en el trabajo, o quizá la posición social en la comunidad? ¿Un reloj de recuerdo o un obsequio de jubilación? ¿Una esquela de defunción y un funeral bien asistido? ¿Es esto todo lo que nuestra vida habrá significado?”

No es de extrañar que Rudyard Kipling advirtiese a una clase de graduados en la Universidad McGill, a que no se preocupasen mucho por el dinero, el poder o la fama. Les decía: “Un día os encontraréis con alguno a quien no le importan estas cosas, y entonces os daréis cuenta de cuán pobres sois”.

Freddie Prinze fue en pos de la fama y los honores de este mundo. A la edad de 22 años, parecía que todo marchaba a su favor. Había conseguido una de las más elevadas posiciones de representación de papeles en el mundo del espectáculo —actuando en la gala de inauguración para el nuevo presidente americano en 1977.

Aun así, el humorista sabía que algo no iba nada bien en su vida. Uno de sus mejores amigos dijo: “Freddie no encontraba nada a su alrededor que pudiese satisfacerle. Sólo preguntaba: ‘¿Eso es todo lo que es esto? ¿No se trata más que de esto?’”. Deprimido y descorazonado, se apuntó a la cabeza con una pequeña pistola automática y disparó. La policía encontró una nota que decía que no podía soportar más. Esto es lo que alguien llamó: “un final rápido para una carrera rápida”.

Howard Hughes logró gran fama y popularidad en la vida. Era uno de los hombres más ricos y poderosos del mundo. En su juventud fue un típico héroe americano, aviador atrevido, incansable inventor

y científico. Poseía una compañía clave de material militar (Hughes Aircraft), una importante línea aérea (TWA), y otras muchas compañías más pequeñas. Su riqueza se estimaba sobre los 2.3 billones.

Pero durante sus últimos años, vivió “una vida apagada, triste, medio lunático..., un verdadero prisionero atrapado por sus propios temores y debilidades paralizantes. Quien antes había sido una figura elegante y vibrante, ahora descuidaba su apariencia y salud... hasta que se convirtió en un espectro patético” (de la revista TIME). Un biógrafo le describió como sigue: “Un hombre torturado y atribulado, sumido en total descuido de sí mismo, cayendo en periodos al borde de la locura, viviendo sin gozo ni consuelo en condiciones semejantes a las de un preso”.

Se enganchó a las drogas. Su apariencia física era horrible. Su salud, espantosa. Se alimentaba a base de una dieta que hasta el jornalero más humilde hubiese despreciado. El multimillonario ermitaño murió el 5 de abril de 1976, y lo dejó todo.

Ahora que han pasado ya algunos años, cuando alguien menciona el nombre de Freddie Prinze o Howard Hughes, los jóvenes preguntan: “¿Quién era?”

La fama y los honores terrenales demuestran ser un fracaso a todos aquellos que lo persiguen. En la vida hay más que esto... ¡mucho más!

“Espejito, Espejito Mágico”

Otra versión del Plan A es vivir para el cuerpo. Aquí tenemos, por ejemplo, una mujer cuya vida es un salón de belleza. Vive en un mundo de sombreado de ojos, maquillaje, pestañas postizas, tinte de cabello, cejas depiladas, cirujía estética, perfumes, pomadas y cremas. El tocador es su altar. Me recuerda a un cuadro llamado, “Todo es Vanidad”. A primera vista, se ve una joven hermosa sentada ante su tocador, mirándose con admiración al espejo. Pero cuando vuelves a mirar, emerge la figura de una horrible calavera. Nos hace pensar en la necedad de vivir para el cuerpo, el cual en pocos años no será más que un esqueleto.

Por supuesto, un hombre también puede pertenecer al Club del Cuerpo Hermoso. Puede comportarse como si tuviese un contrato de 99 años para estar en el baño, excluyendo a los demás que quisiesen pasar. Se gasta un dineral estilizándose el pelo, y otro tanto intentando esconder el paso de los años. Levanta pesas, no para estar ágil, sino para parecer un macho. Viste vaqueros de marca además de cadenas y joyas llamativas. Con la camisa desabrochada va enseñando el pecho velludo, presumiendo así de que es todo un hombre. Todo lo que a él se refiere está calculado para llamar la atención. ¡Eso es lo que él llama “vivir”!

¿Pero es así realmente? ¿No hay nada más que eso?

Coge Todo el Gusto

Ahora al Plan A añádele aquellos que van en pos de la diversión, los que deciden vivir para el placer, los viajes, la comida y la diversión. Se encuentran en una búsqueda frenética, que a veces alcanza proporciones casi de pánico. Quedan incluidos los devotos de la pequeña pelota blanca, tras la cual atraviesan metros y metros de césped. O los turistas que se apresuran alocadamente entrando y saliendo de aviones y autobuses, devorando panoramas ambiciosamente, gastando metros de película, para después volver a casa y aburrir a sus amigos con las historias (y diapositivas) de sus impresionantes exploraciones. O aquellos cuyo dios es el vientre. E. Stanley Jones caricaturó este último grupo de manera inolvidable. Escribió: “Estando a bordo de un barco, observé a dos personas corpulentas que se habían enfadado con los camareros porque no les daban un servicio extra. ¡Daba la sensación de que temían morir de hambre entre comidas! Sus apetitos físicos parecían ser lo único que les preocupaba. Nunca les vi leyendo un periódico o un libro. Entre comidas se sentaban y miraban fijamente, aparentemente esperando la siguiente comida. Una noche les vi así sentados, con la mirada perdida en el vacío cuando, de repente, una

idea brillante pasó por la mente embotada del hombre. Se acercó a la repisa y levantó las jarras; miró el interior, y entonces volvió a donde estaba su mujer con la noticia: 'Están vacías'. Poco me faltó para reirme. El hombre tenía razón; estaban vacías, ¡pero no sólo las jarras! El alma y la mente de ambos también estaban vacías. Tenían mucho en la cartera, pero nada en la persona; y éste era su castigo”.

Quizás aquí tendríamos que añadir aquellas personas que tienen el cerebro embotado y malgastan su vida delante del televisor. (¿Por qué crees que le llaman “la caja tonta”?). Viven en un mundo de su imaginación, en el cual todos tienen un aspecto maravilloso, todos viven en la tierra de Malboro, todos tienen una personalidad brillante, apoyados en el parachoques de un lujoso descapotable. En nuestra generación no hay nada más opuesto a la vida espiritual que la TV. Es una influencia desastrosa. Hiede con indirectas sexuales obscenas, blasfemias, crimen y violencia. Introduce en la sala de estar el sexo extra matrimonial, prostitución, homosexualidad, incesto, divorcio, adulterio y sadismo. En muchos casos, esto da a entender que son maneras correctas de comportamiento. Al glorificar la parte menos admirable de la naturaleza humana, el decaimiento moral se introduce en el hogar.

Los educadores saben que la TV limita la atención de los niños, que desgasta y acorta su capacidad de lectura, escritura y lenguaje, y que perjudica su habilidad académica.

Es difícil hacer que la escuela dominical sea tan divertida como la TV, puesto que su propósito no es divertir, y así la tele retiene a las familias en casa cuando debieran estar en las reuniones de la iglesia.

Toma nota, pues es una realidad segura, que aquel que emplea la mayoría de su tiempo libre viendo indiscriminadamente la televisión o con los video juegos, nunca logrará mucho para Dios.

Enfoque Familiar

Una última manera de planear la vida es hacer que todo se mueva en torno a la familia. Ciertamente, el matrimonio y la familia son dos de las dádivas más grandes que Dios ha dado a la raza humana. Ésta es Su voluntad para la mayoría de personas. Hablar en contra de ellos sería como si hablásemos en contra de la maternidad.

Pero es que muchos hacen de éstos el objetivo principal de la vida. A menudo Cristo se despide de discípulos aspirantes en el altar del matrimonio. Hasta entonces, habían tenido visiones y sueños de una vida derramada en servicio y sacrificio para el Señor Jesús. Pero ahora están preocupados en un mundo de cortinas y pañales. Su celo por Dios desciende en picado.

Durante el noviazgo una chica puede hablar con entusiasmo acerca de servir al Señor, y de lo que hará y no hará cuando tenga hijos. Pero, una vez casada, parece padecer de falta de memoria de aquellas palabras, y prevalece el deseo de estar “arropada”. La seguridad para sí misma y para sus hijos pueden poner otras ambiciones en segundo lugar. Si la mujer va antes que Cristo en la vida de un hombre, ella le puede colocar en la estantería con respecto a servir al Señor, y así consigue domesticar para sí a un discípulo de Cristo.

Pero esto funciona en los dos sentidos. Una mujer espiritual también puede ser frenada por un marido codicioso, egoísta y carnal, o uno que no hace nada más que soñar acerca de servir a Cristo.

Una noche, el joven Spurgeon llevó a su prometida a Exeter Hall, donde él iba a hablar a las multitudes. Cuando la pareja llegó al local, él tan sólo pensaba en la tremenda responsabilidad de comunicar la Palabra de Dios. Se abrió paso entre la multitud, dejando que Susana Thompson entrara sola. Cuando terminó de dar el mensaje, se dio cuenta de que no le había visto entre la audiencia, así que marchó para su casa, donde le dijeron que ella no quería verle. Estaba ofendida. Él insistió en verla, y finalmente ella fue. Después de disculparse, él le dijo: “Mejor que dejemos las cosas claras ahora. Ante todo soy el siervo de mi Maestro. Él siempre debe ser el primero, y mi deber hacia Él debe ser primero. Creo que viviremos felices si estás dispuesta a tomar el segundo lugar, siempre después de Él. Mi obligación para con Él es primera”.

Años más tarde, la esposa de Spurgeon dijo que aquella noche aprendió que había Alguien que ocupaba el primer lugar en la vida de su marido. Ella ocupaba el segundo.

Para algunos cristianos, criar hijos es la meta principal de sus vidas. Un hombre de la Biblia tuvo 30 hijos, 30 hijas y 30 nueras. Ésta parece haber sido su pretensión principal de fama. Quizá esperaba que una numerosa prole arreglaría de alguna manera sus propios fallos y defectos.

No hay nada malo en tener hijos. Lo que está mal es cuando todas las decisiones se toman en torno a los hijos. Ni siquiera la familia debe preceder a la voluntad de Dios, ni sujetar a una persona cuando Dios le está indicando que se mueva.

La Biblia enseña claramente las grandes responsabilidades que reposan sobre los hombros de los maridos, esposas, padres e hijos. Pero nos encontramos con la consideración primordial de que Cristo siempre debe ser primero.

¿Y Qué Del Plan A?

Hemos sugerido varias prioridades que podemos fijar a la hora de decidir cómo planear nuestra vida. Podemos vivir para enriquecernos, para acumular posesiones materiales, para tener éxito en el negocio o profesión, para esforzarnos en conseguir fama y honores terrenales, para atender al cuerpo, para buscar placer, viajar, entretenernos o para formar y sacar adelante una familia.

¿Son dignas y nobles estas metas al considerar la brevedad del tiempo, la realidad de que no nos pertenecemos a nosotros mismos, de que Jesús es el Señor, de que somos mayordomos, de que los hombres y mujeres a nuestro alrededor están muriendo, de que hemos de responder a su más inminente necesidad, de que el Señor nos ha mandado a predicar el Evangelio, y de que pronto tendremos que rendir cuentas en el Tribunal de Cristo? Adoptar el Plan A sería como reorganizar los muebles del Titanic, o enderezar los cuadros de una casa que está ardiendo. Sería abrazar a lo inferior, arrastrarse en vez de volar. Seríamos esclavos en lugar de reyes, dedicándonos a lo de menos valor eterno, pasando la vida entretenidos, divertidos, y perdiendo el tiempo con lo equivalente a un juego de cánicas. ¡Qué forma más triste de gastar una vida, la única que tenemos!

Seríamos como George Appley, de quien E.S. Jones escribió: “Los amigos y familiares rodearon su cama para poder oír sus últimas palabras, y escucharon un solemne susurro: ‘No disturbéis los rosales’. Vivía en un mundo de rosales, lo cual era bueno, pero no lo suficientemente bueno. Fue pillado por intereses demasiado pequeños para un hijo de la eternidad”. Aquellos que escogen el Plan A en cualquiera de sus formas, quedan prendidos por preocupaciones que son demasiado inferiores para aquellos de debieran ser reyes.

Plan B: Llevado por la Corriente

Hay una segunda manera en la que un creyente puede responder a las grandes cuestiones de la vida. Es ser pasivo y aceptar todo lo que venga. Esta persona sigue la línea de la menor resistencia. Se deja llevar por las olas y la corriente. Nunca consigue tomar una acción resuelta.

Tal persona es un termómetro, en vez de ser un termostato. Refleja la temperatura del ambiente, pero no hace nada para influir en ella. O, por decirlo de otra manera, no sube ni baja el promedio, es decir, no afecta la estadística, su vida no la afecta, la deja sin mover.

Nunca ha orado, como Amy Carmichael, “No dejes que me hunda siendo un inútil. Hazme Tu combustible, llama de Dios”. Y así, él es inútil. Habiendo sido hecho a la imagen y semejanza de Dios, está satisfecho siendo un inútil.

Dándosele a elegir (como dijo el poeta inglés, Longfellow) entre ser ganado ignorante, indefenso y conducido o un héroe en el conflicto de la vida, escoge lo primero. No deja huellas en la arena del tiempo. Cuando se va, es como si nunca hubiese estado.

No tiene ambiciones espirituales. Puede que se le haya retado a proponerse metas de largo o corto plazo, pero nunca tiene suficiente voluntad para vencer la inercia. Trabaja para ganar dinero para comprar

comida para fortalecerse, para trabajar para ganar dinero, para comprar comida para fortalecerse, para continuar en la rutina durante el resto de su vida, hasta la muerte.

Jowett le describe como uno que cultiva una vida insignificante para ahorrarse una multitud de dolores. “De hecho, si la ambición de un hombre es evitar los problemas de la vida, los pasos a seguir son perfectamente simples: que abandone sus ambiciones en todos los sentidos, que corte las alas de todo propósito aspirante, que cultive asiduamente una vida pequeña.... En realidad, esta es la razón por la que muchos de los que profesan ser cristianos pasan por la vida con tanta facilidad, y con tan poco roce con la tribulación. Han reducido sus almas al mínimo, y es por eso que su curso a través de los años se parece más al paso de una ameba que al tránsito de un hombre”.

Creo que todos podemos asentir en afirmación que ésta es una pobre línea de acción para alguien que ha sido creado a la imagen y semejanza de Dios.

Plan C: Corónale a Jesús como Señor

La tercera posibilidad, y la única razonable para el creyente, es dar el control de su vida al Señor. Llámale consagración o compromiso total, presentar el cuerpo como un sacrificio vivo o buscar primeramente el Reino de los Cielos. Lo llames como lo llames, lo que quiere decir es devolver tu vida al Señor para que Él la use como quiera. Significa escoger Su voluntad en lugar de la tuya. Significa perder tu vida por Su causa y la del Evangelio. Significa darle la devoción de tu corazón y el amor de tu alma.

La Rendición Inicial

Esta cuestión de rendirse al Señor suele comenzar con una experiencia de crisis. ¿Qué queremos decir por “experiencia de crisis”? Queremos decir un momento específico cuando una persona está a solas con Dios, y se da cuenta de que, en vista de todo lo que el Señor ha hecho por él, no le queda otra alternativa que dárselo todo a Él. Quizá implique un periodo de lucha, pero entonces cesa de aferrarse a su vida y la presenta en el altar del sacrificio. Parece ser la única cosa sana, lógica y razonable que puede hacer.

Perfectamente debiéramos hacer esta elección en el momento de nuestra conversión. Saulo de Tarso lo hizo. Pero a algunos nos cuesta más dejar de intentar salvar nuestra vida. Entonces decidimos perderla por causa de Cristo y del Evangelio.

Betty Scott tuvo esta experiencia de crisis cuando estaba estudiando en una escuela bíblica. En su Biblia escribió: “Señor, renuncio a mis propios planes y objetivos, y a todos mis deseos, esperanzas y ambiciones (ya sean físicos o del alma), y acepto Tu voluntad para mi vida. Me doy a mí misma, mi vida, mi todo, enteramente a Ti, para ser Tuya para siempre. Pongo a Tu cuidado todas mis amistades, mi amor. Todas las personas que aprecio tienen el segundo lugar en mi corazón. Lléname y séllame con Tu santo Espíritu. Cumple Tu completa voluntad en mi vida a cualquier precio, ahora y siempre. *Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia* (Fil. 1:21)”. Más tarde se casó con John Stam y fueron a predicar el Evangelio a China. La historia de cómo Dios les usó en vida y muerte está relatada en *The Triumph of John and Betty Stam* (El Triunfo de John y Betty Stam).

William Borden, miembro de una famosa familia que posee la industria lechera que lleva ese nombre, lo abandonó todo para seguir a Cristo. Él oró: “Señor Jesús, mi voluntad ya no cuenta en mi vida. Te pongo en el trono de mi corazón. Cámbiame, purifícame, y úsame como Tú quieras. Me apropio del poder de Tu Santo Espíritu. Gracias Señor”.

Cuando Alexander Whyte, un ministro escocés a veces llamado “el último puritano”, decidió renunciar a todo por Cristo, escribió: “Desde ahora doy asiento a Cristo, mi Redentor y Rey, en el mismo trono de mi corazón, y cada puerta de mi cuerpo, cada avenida de mi mente, ya no es mía sino Suya. Que cuando abra mi ojo, mi oído y mi boca, sea como si, en todo ello, estuviese abriendo el ojo de Cristo, el oído de Cristo y la boca de Cristo; y que no haga nada, ya que Él mora en mí, que le avergüence o le

enoje, o que le manche o contamine. Sí, oh Pablo, desde aquí sostengo contigo que mi cuerpo es el templo de Cristo, y que no soy mío, sino que he sido comprado por un precio tremendo, y por esto debo glorificar a Dios en mi cuerpo y en mi espíritu, lo cuales son de Dios”.

Recordando la crisis de su compromiso, Charles Haddon Spurgeon, el príncipe de los predicadores, dijo: “Aquel día cuando me rendí al Señor, le entregué mi cuerpo, mi alma, mi espíritu; le dí todo lo que tenía, y todo lo que tendré en el tiempo presente y por la eternidad. Le entregué todos mis talentos, mis poderes, mis facultades, mis ojos, mis oídos, mis miembros, mis emociones, mi juicio, toda mi virilidad, y todo lo que de ésta pudiese venir”. (Años más tarde, A.T. Pierson dijo de él: “Sacó el máximo provecho de toda su capacidad mental y de toda la oportunidad que Dios le dio”).

Jim Elliot, uno de los cinco mártires de Ecuador dijo, casi en sentido profético: “Si salvara la sangre de mi vida —negándome a derramarla como un sacrificio, oponiéndome al ejemplo de mi Señor— entonces he de sentir el pedernal del rostro de Dios puesto contra mi objetivo. Padre, toma mi vida, ¡sí!, mi sangre, si así lo deseas, y consúmela con Tu fuego arrollador. No la salvaría, pues no me corresponde a mí salvar. Tómala, Señor, tómala toda. Derrama mi vida como una oblación por el mundo. La sangre tan sólo tiene valor cuando fluye sobre Tus altares”.

Esta crisis del compromiso es el único paso sensible que podemos dar en respuesta a lo que Cristo ha hecho por nosotros: “Las cuerdas enroscadas de las misericordias entrelazadas de Dios, unidas en una soga fuerte y suficiente, nos sujetan al altar del sacrificio, y no podemos hacer otra cosa. El amor de Cristo nos constriñe, el Espíritu de Cristo nos domina, la gracia de Cristo nos tiene seducidos, firmes e inamovibles. Desde ahora en adelante, ningún hombre nos disturbe. Cristo, y tan sólo Cristo, es nuestra pasión” (F.B. Meyer).

Si nos reservamos algo, estamos insultando al Señor. Lady Powerscourt, una irlandesa piadosa del siglo XIX, dijo: “Es un insulto hacia el amor que lo dio TODO por nosotros, el decir que amamos, deteniéndonos a calcular el entregárselo todo a Él, cuando en realidad nuestro todo no son más que dos blancas; Su todo, el cielo, la tierra, la eternidad, Él mismo. Mejor no amar. Mejor ser frío que tibio”.

Robert Laidlaw era el dueño de una gran almacén en Auckland, Nueva Zelanda, y el autor del librito *The Reason Why*. Él comentó que existe falta de sinceridad al rendir el alma eterna a Dios para la salvación, reservándose la vida mortal. Nos atrevemos a confiar en Él para que nos salve del infierno y nos lleve al cielo, pero vacilamos al considerar el dejar que Él tome el control de nuestras vidas aquí y ahora.

Un estudiante en un seminario estaba arrodillado, luchando con Dios por la cuestión del compromiso total. En la agonía de su alma, exclamó: “¡Señor, no puedo hacerlo! ¡Tú sabes que no puedo!” Su compañero de habitación interrumpió la oración, diciéndole: “¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de recibir alguna bendición?” Aquellos que se abstienen de la rendición total al Salvador se están privando de una de las más sublimes bendiciones celestiales.

Cuando no le entregamos el control al Señor, estamos obrando contra nuestros mejores intereses. ¡Permíteme ilustrarlo! Al final de los años 70, la Marina de Estados Unidos desarrolló un sistema automático para el aterrizaje de los aviones de combate en los portaaviones. Tal como lo relata National Geographic: “El piloto soltaba los controles y simplemente se quedaba allí sentado, al tiempo que su avión se precipitaba hacia la pista, entre sacudidas y vibraciones, mientras los ordenadores corregían su curso en sincronización con los movimientos de la pista del portaaviones”. Era importante que el piloto soltase los controles y confiase en los ordenadores para poder aterrizar con el avión a salvo. Cuánto más importante es que nosotros soltemos el control de nuestra vida dejando que el Señor se haga cargo, y confiando en Su juicio superior.

Éste, entonces, es el primer paso. “Entrégale todo lo que hay de ti. Nada de mitades, ni pedazos rotos, ni reservas, nada de quedarte parte del regalo, ni pretendiendo que una parte lo es todo. Existe una unidad y sencillez impresionante en la vida que, sin distracción alguna, ama y sirve a Dios con todo el corazón. Esa vida no es fácilmente seducida de su primer amor” (Autor desconocido).

La Dedicación Continua

Pero la crisis debe seguirse por un proceso. No basta con haber tomado una vez un compromiso. Debemos renovar nuestra dedicación día a día. De otro modo, podemos presentar nuestro cuerpo en el altar del sacrificio hoy, y mañana contemplar con horror cómo esa cosa miserable quiere arrastrarse y descender del altar.

Anna Jane Grannis describió el proceso diario de compromiso tal como sigue:

*Quiero que mi corazón esté despejado del yo
Para que mi amado Señor venga
Y coloque Sus propios muebles,
Haciendo de mi corazón Su hogar.
Y, como sé lo que esto requiere,
Cada día en el silencio de la mañana,
Entro en nuestro lugar secreto,
Y allí le dejo a Él mi voluntad.
Siempre la recibe con Su gracia,
Presentándome también la Suya,
Y entonces voy, preparada,
A comenzar las tareas del día.
Así es como mi Señor controla
Mis intereses, mis desgracias,
Pues nos encontramos al romper el día,
Para hacer un cambio de voluntades.*

En uno de sus libros, Harold Wildlish da una excelente descripción de cómo hacer de nuestra consagración una práctica diaria:

“Al dejar toda la carga de tu pecado, y descansar en la obra consumada de Cristo, deja también toda la carga de tu vida y servicio, y descansa en la obra presente del Espíritu Santo. Ríndete, cada mañana, para que sea el Espíritu Santo quien te dirija, y sigue adelante alabando y con descanso, dejando que Él se encargue de ti y de tu día. Cultiva el hábito, durante todo el día, de depender de Él y obedecerle con gozo, esperando en que Él te guíe, alumbre, corrija, enseñe, use y haga contigo lo que desee. Cuenta con Su obra como una realidad, totalmente aparte de la vista y sentimiento. Sólo creamos y obedecemos al Espíritu Santo como el que gobierna nuestra vida, y cesemos de la carga de estar intentando hacerlo nosotros mismos. Entonces aparecerá en nosotros el fruto del Espíritu, según Su voluntad, para la gloria de Dios”.

¿Qué Pasará?

Ahora quizá alguien esté preguntándose: “¿Y qué pasa después? Supongamos que he pasado por una crisis del compromiso, y que día a día me estoy rindiendo al Salvador. ¿Entonces qué? ¿He de quedarme sentado todo el día, sorbiendo refrescos y esperando que ocurra algo dramático?

Al contrario, debes seguir trabajando y mantenerte ocupado, haciendo todo lo que tus manos encuentran para hacer. Demuestras que eres fiel en tu trabajo diario y sirviendo en tu iglesia local. Estudias la Palabra, desarrollas una vida eficaz de oración, y encuentras oportunidades para servir a Cristo y a Su pueblo.

Dios te guiará al tiempo que vas avanzando para Él. De la misma manera que sólo puedes conducir un barco o una bicicleta cuando está en marcha, así Dios sólo puede guiarte cuando estás sirviéndole activamente.

No te va a revelar todo el plano de vez. Pero al llegar a cada encrucijada en la vida, Él estará allí

para dirigirte. El patrón se desdoblará paso a paso. Y entonces, cuando llegues al final de la vida, podrás decir: “El Señor Jesús me guió todo el camino”. Podrás mirar hacia atrás y ver cómo Él aceptó tu sacrificio y llevó a cabo Su perfecta voluntad en tu vida.

El arquitecto de uno de los grandes puentes de la ciudad de Nueva York fue seriamente herido mientras se levantaba el puente. Yació en una cama del hospital soportando, aunque no disfrutando, una larga convalecencia. Finalmente, el puente fue terminado. Cuando llegó el día de la dedicación, el arquitecto había mejorado y pudo ser transportado en una ambulancia y situado en una camilla a la orilla del río. Al contemplar la estructura completa, se le iluminaron los ojos con satisfacción, y dijo: “Es exactamente conforme al plan”.

Ésta es la meta hacia la cual tú y yo debemos estar avanzando —que cuando el Señor compare el plan que tenía para nuestra vida con la historia real, pueda decir: “Es exactamente conforme al plan”.

Supongamos que comprometes tu vida al Señor y vives para Él día a día. ¿Significa esto que no tendrás más problemas? No, seguirás teniendo problemas; pero si no le rindes el control a Él, no tendrás otra cosa que problemas.

¡Un pensamiento final! El Señor no te va a obligar a que le des el primer lugar en tu vida. Si escoges llevar tu propio camino, Él te dejará hacerlo. Si no quieres tener la bendición de seguirle, Él encontrará otros muchos que sí la quieren. ¡Pero ten esto presente! Nunca encontrarás un Señor mejor al cual seguir.

El Momento de la Decisión

Ahora te toca decidirte. Si no eres un verdadero cristiano, ¿vas a arrepentirte ahora de tus pecados y recibir a Jesús como tu Señor y Salvador? Para hacer esto debes abandonar toda esperanza de ganar o merecer la salvación; debes creer que el Señor Jesús murió para pagar la pena de tus pecados, y, por un acto definido de fe, debes aceptarle como tu única esperanza para el cielo. ¿Lo harás —ahora?

O quizá seas cristiano. Le has dado tu vida a Cristo para salvación pero no para servicio. Hay áreas en tu vida que has marcado como “fuera de juego” para Él. Sigues agarrado a los controles de tu vida terrenal, haciendo tus propios planes y no queriendo renunciarlos. Si es así, ahora es el momento de que te rindas completamente a Él. Si no encuentras palabras para expresarlo, ¿por qué no usar aquellas que cantamos tan a menudo?

En su majestuoso himno, “La Cruz Sangrienta al Contemplar”, Isaac Watts escribió:

*¿Y qué podré yo darte a Ti,
A cambio de tan grande don?
Todo es pobre, todo ruin,
Toma, ¡oh Dios!, mi corazón.*

En otro de sus himnos, “Alas, And Did My Savior Bleed” (Cómo Sangró Mi Salvador), escribió:

*Podría esconder mi avergonzada faz
Viendo Su querida cruz aparecer;
Derretir mi corazón en gratitud,
Y en lágrimas mis ojos deshacer.
Mas gotas de pena no podrán pagar
La gran deuda de amor que debo yo.
Te entrego mi ser, amado Señor,
Pues es lo único que puedo hacer.*

El himno infantil, “Cristo me ama”, de Anna B. Warner, contiene las siguientes líneas:

*¡Cristo me ama! Y estará
A mi lado hasta el final;
Ya que has muerto Tú por mí
Yo viviré para Ti.*

No sé quién escribió este verso hermoso, pero ¿quién podría decirlo mejor?

*Oh Cristo, tus sangrientas manos y pies,
Tu sacrificio por mí,
Cada herida y lágrima demanda mi vida,
En sacrificio para ti.*

James G. Small escribió:

*He hallado un Amigo, ¡oh, qué Amigo!
Sangró y murió para salvarme;
Y no sólo me dio la vida,
Sino que se entregó a sí mismo.
Lo que tengo ya no es mío,
Se lo ofrezco al que lo dio;
Corazón, fuerza, vida, y todo
Sólo es Suyo, siempre Suyo.*

Frances R. Havergal escribió los memorables renglones:

*Toma todo mi amor, Señor,
Lo derramo hoy a Tus pies;
Tómame a mí mismo y seré
Siempre y solo, todo para Ti.*

Y, finalmente, Betty Daasvand captó el espíritu del compromiso en su coro:

*Con todo lo que Él ha hecho por mí,
Con todo lo que Él ha hecho por mí,
Qué menos que darle lo mejor
Viviendo completamente para Él,
Con todo lo que Él ha hecho por mí.*

No nos damos cuenta, el día en que confiamos en Cristo como Salvador y le coronamos como Señor, de las maravillosas cosas que Dios tiene reservadas para nosotros. Si no hay reservas ni marcha atrás, tampoco habrá remordimientos.

*Había recorrido con paso fácil el camino de la vida,
Y seguido donde me guiaban la comodidad y el placer;
Cuando entonces, por casualidad, en un tranquilo lugar,
Con mi Maestro, cara a cara me encontré.*

Teniendo por meta un puesto, rango, y riqueza,

*Pensaba mucho en el cuerpo pero en el alma nada,
Había emprendido la loca carrera de la vida para ganar;
Cuando con mi Maestro, cara a cara me encontré.*

*Mis castillos había construido, y bien alto los alcé,
Y sus altas torres alcanzaban el cielo azul.
Juré que con un cetro de hierro iba a gobernar,
Cuando con mi Maestro, cara a cara me encontré.*

*Me encontré con Él, y le conocí, y me ruboricé al ver
Que Sus ojos, llenos de pena, estaban fijos en mí;
Y aquel día, cayendo a Sus pies me estremecí,
Viendo a mis castillos desvanecerse y caer.*

*Derrumbados y desvanecidos, y en su lugar
Nada más vi, tan sólo la faz de mi Maestro;
Y alcé mi voz, llorando —oh, hazme encontrar
Para seguir las huellas de Tus heridos pies.*

*En almas de hombres es ahora mi pensar;
He perdido mi vida para volverla a encontrar.
Siempre desde que a solas, en aquel santo lugar
Mi Maestro y yo estuvimos, cara a cara.*

Capitán E. Overall